

“En el mito es donde primero me reconozco”

Una valoración filosófica del mito en el pensamiento de Elias Canetti

Denis Zuley Murillo Hernández

Hay un llamado constante del otro en la obra de Elías Canetti. La necesidad de dejarse habitar por lo desconocido, excepto por la muerte, a la que combate con cada palabra que escribe, parece ser, en esas líneas que hablan de tantos mundos disímiles y cercanos, una obligación moral de cada ser humano. “Otrarse” se transforma entonces en una propuesta ética de una rigurosidad y sentido profundos, pero también en un imperativo sostenido por la memoria y expresado de manera genuina en los mitos que, para el autor, son manifestaciones claras de metamorfosis, de esa posibilidad de dejarnos vivir por lo otro, un don que como humanidad hemos perdido, olvidado, quizás. La propuesta canettiana de pensar el mito no se trata solo de un ejercicio intelectual en el que los conceptos se acomodan a la tradición epistemológica, más bien es una especie de vivencia continua, una posible fenomenología de la otredad, tan vasta y exquisita que hallarse en ella es encontrarse con el río, la gacela, la tribu, las manos, la lluvia, el rostro, pero también con la crueldad, el horror, la sangre, lo oscuro, la violencia.

**

Dice el mito que Zeus, el dios del Olimpo, soltó dos águilas: una desde el punto más lejano del oriente y la otra desde el extremo del occidente. Ambas, después de volar por muchos días largas distancias, se encontraron y se posaron sobre el ónfalo (del griego *ὀμφαλός*, ombligo). Para los griegos, el ónfalo, una piedra ovalada que hoy se exhibe en el museo de Delfos, era el centro de la Tierra y, según el mito, su forma representa



Mónica Fernández, Sin título, grabado, P/A, 1996

a Gea y contiene dentro de sí los espíritus de todos los muertos del mundo. De ahí su cualidad de adivinación y clarividencia, pues las voces de los ancestros hablaban a través del ombligo y deleitaban a los curiosos oidores con las más bellas y abs-trusas metáforas, las cuales lanzaban como respuestas a las continuas preguntas de la existencia. Gracias al ónfalo, el lugar tomó la forma del templo del dios Apolo. Cualquiera que se dirigía al oráculo de Delfos, hallaba en el frontispicio del templo la sentencia “conócete a ti mismo” y tras de ella se encontraban las preguntas más antiguas de la humanidad: ¿Qué soy? ¿Qué somos? ¿Qué es conocimiento? ¿Qué es reconocimiento? ¿Qué es el mundo?

La sentencia, según Pausanias [Libro X, XXIV- 2], era el saludo del dios Apolo a sus feligreses; también una advertencia ontológica sobre la necesidad de mirarse

por dentro, o bien, de mirarse el ombligo. Asimismo, el pueblo êbêra (emberá) chamí, de Colombia, tiene un hermoso ritual con el ombligo (kumña). Después de cada nacimiento, el ombligo del bebé es guardado con sumo cuidado por la familia hasta que el niño tiene la edad suficiente para devolvérselo a la madre tierra. Enterrar el ombligo es un ritual fundamental en la cultura emberá, pues es una ofrenda a la vida y el reconocimiento de que también se es parte de la naturaleza. Los êbêra se ombligan a su lugar de nacimiento y prometen retornar siempre, incluso en la tardía vejez buscan que sus despojos sean depositados en el mismo lugar, de manera que puedan volver a encontrarse con el ombligo, o bien, consigo mismos. Si el cuerpo muerto no puede volver al lugar del entierro, el espíritu del emberá siempre buscará y hallará el camino a su kumña. Para Elias Canetti, acercarse al mito es retornar al ombligo y esto parece obvio cuando asumimos que el mito en sí es la evocación del origen; sin embargo, en la obra canettiana no se trata de un simple regreso al origen — porque para el autor el mito tiene una vigencia incuestionable—, sino de un verse a sí mismo en todo lo que el mito es. Es un encuentro continuo con la multiplicidad, que en el fondo esconde, como el ónfalo de Delfos, todas las voces del mundo, no solo las de los muertos. De ahí que para el autor el mito siempre tenga algo que decirnos y que su existencia evidencia los límites que la razón también contiene. Como los êbêra, Canetti siempre busca y halla en el mito aquello que le recuerda que es parte de un todo. Por eso, en el autor, el mito es el primer lugar donde se “reconoce a sí mismo”, o sea, “el mito es donde primero me reconozco”.

Hay mucho de mito en la vida y obra de Elias Canetti. Cualquier lector que se aden-

tre en sus páginas encontrará, sin mucho esfuerzo, relatos e imágenes diversos que evocan continuamente su “sed de mitos”. Y este rasgo particular de su escritura llama al instante la atención porque, aunque no es inusual hallar un mito de vez en vez en nuestras vidas, es poco común hallarlo reiteradamente, y de tantas maneras, en el pensamiento de un autor que evitó citar a los grandes filósofos, pero recurrió a los mitos para soportar gran parte, casi toda, de su obra. No obstante, abordar el tema del mito en la vida y la obra de Elias Canetti requiere de varias precisiones: en primer lugar, la fascinación del autor por diversos relatos míticos obedece a una necesidad de estudiar y comprender el fenómeno en sí desde otros puntos de vista, sin aplicarle las teorías existentes. Pero también toma el mito como fuente principal en sus reflexiones y estudios sobre la masa, el poder, la metamorfosis y la muerte. En este sentido, es importante resaltar que para llegar a comprender qué significa y cuál es la función del mito en Canetti, hay que partir de un aspecto vivencial y constitutivo de lo humano, en el que los tiempos pasado, presente y futuro se juntan en un todo significativo que se compone de lo primitivo y lo civilizado. Un todo que se armoniza como el tao, el camino a la sabiduría.

En Canetti el mito no es un simple objeto de estudio que restringe su capacidad discursiva a la especulación primitiva, como bien lo admitieron varios pensadores de la filosofía, la antropología, la etnografía y el psicoanálisis, sino que el autor centró su acercamiento en describir lo que el mito es en sí mismo, en comprender su especificidad y en no debilitarlo en nombre de las abstracciones científicas. Es decir, no enmarcó el mito en una teoría o metodología concretas, sino que lo estudió desde

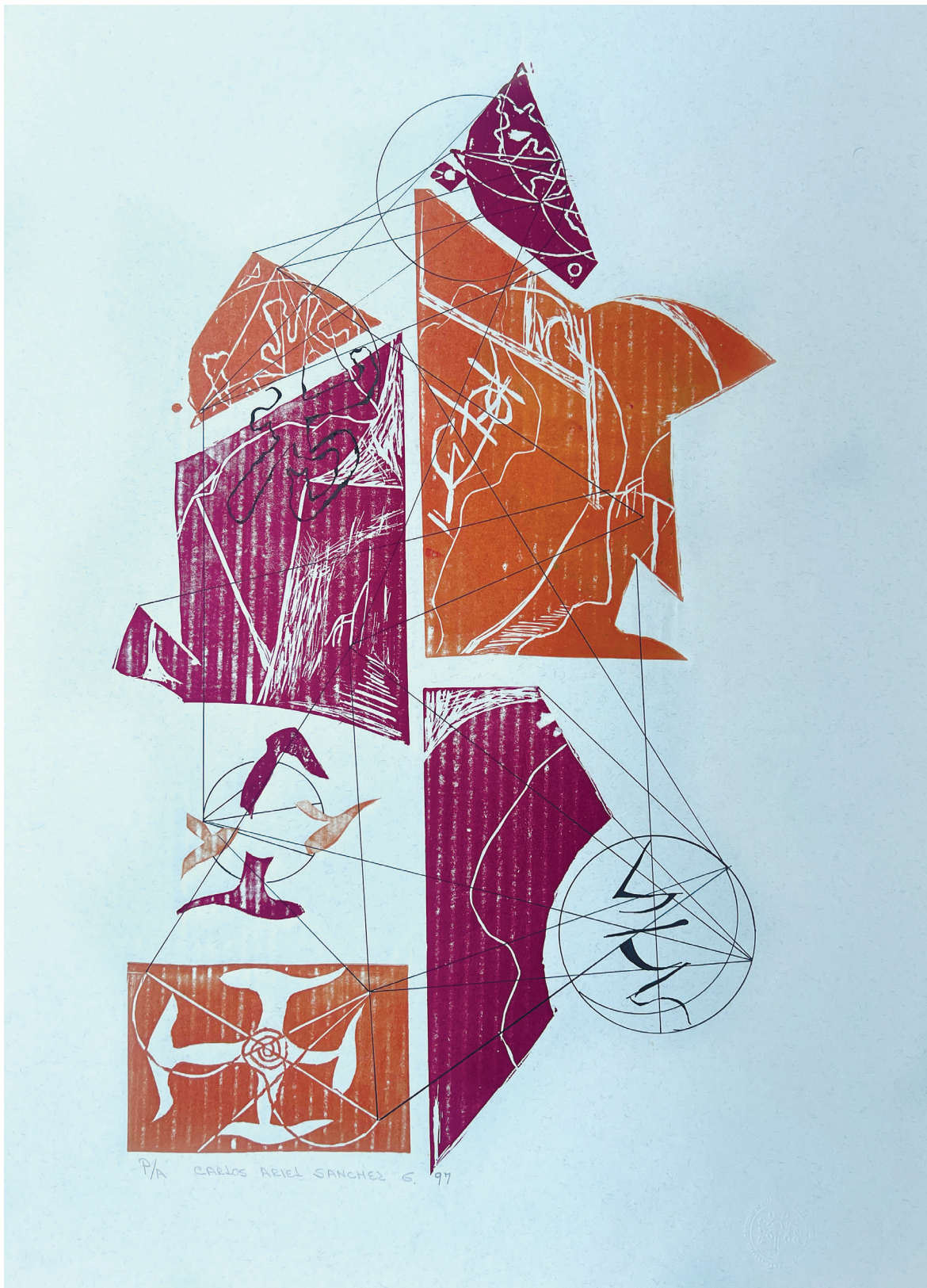
su misma naturaleza, desde sus múltiples metamorfosis y maneras de darse. Por eso, el acercamiento a lo mítico en este autor es un camino fenomenológico y sus disertaciones son susceptibles de ser analizadas desde el ámbito filosófico, pues Canetti ve en el mito la pregunta por el ser — quizá la más importante de todas las preguntas filosóficas en la tradición occidental — y vincula sus reflexiones con varias discusiones históricas de la filosofía. Y, aunque no es de interés del autor dar respuestas definitivas, sí hay un cuestionamiento constante a la esencia del mito y a su permanencia en la existencia del mundo. Además, esa pregunta por el ser articula también otras preguntas filosóficas como qué significa el mito para el logos, cómo se vincula con la muerte, qué hay de particular y universal en él, cómo nos interpela, por qué hay seres en el mundo que son capaces de vivirlo. Concomitante a esto, para Canetti el mito es un fenómeno esencialmente humano porque es una forma del lenguaje que vincula en sí mismo distintas dimensiones y es un acontecimiento múltiple que abarca lo lingüístico, simbólico, psicológico, social, cultural, filosófico y político.

Podría asumirse, entonces, que esta idea de mito también hace parte de la discusión filosófica entre mito y logos, en la que tradicionalmente se le ha dado prioridad al logos sobre el mito, pues este representa algo inexacto, impreciso, fabuloso, primitivo y que no corresponde con la realidad humana. Sin embargo, es importante aclarar que, aunque la postura de Canetti se relaciona con esta oposición, su forma de asumirla no está determinada por las teorías y propuestas de otros pensadores, sino que está soportada en un estudio propio que, aunque lo lleva a resultados similares que entran en diálogo con otras formas de pensamiento,

no está sujeto a definiciones o categorías preestablecidas. Basta un recorrido por la obra *Masa y poder*, por ejemplo, para darse cuenta de que el mito tiene una importancia central en el pensamiento del autor, pues allí no solo recurre a múltiples relatos, cultos, ceremonias y rituales, sino que desde ellos reflexiona sobre los aspectos concretos de la masa y del poder. Ahora bien, más que evidenciar si Canetti hace o no filosofía o si en él podemos identificar un pensamiento de carácter filosófico, la idea de mito que le concierne cuestiona de entrada si nosotros mismos tenemos aún las capacidades para reconocerlo como algo propio y vinculante al ser de todas las cosas. Además, el mito no tiene que amoldarse a la filosofía o a la ciencia para tener legitimidad, es la filosofía la que debe cuestionarse el lugar que le ha dado a lo mítico y preguntarse en dónde radica la importancia de entrar en diálogo con este.

Igualmente, este retorno al mito evidencia la preocupación del autor respecto al olvido de las tradiciones de muchos pueblos primitivos que fueron excluidos de la historia de la humanidad y, en cierto modo, silenciados. Lo cual lleva también a cuestionar la imposición de la razón como una forma de violencia real y simbólica hacia la diferencia y la multiplicidad. Pero eso no evitó que esas otras formas de pensamiento y comprensión del mundo se agotaran, sino que, paradójicamente, se mantuvieron vivas a través del tiempo y su permanencia es, *per se*, la prueba misma de los límites de la razón.

Hasta el momento ha sido poco lo que se ha escrito respecto a la relación que Elias Canetti tuvo con lo mítico, desde la reflexión filosófica. Hay algunos estudios, comentarios y menciones que abordan el tema del



Carlos Ariel Sánchez, Sin título, grabado, P/A, 1997

mito en el autor, y que son muy valiosos, claro está, pero en su mayoría carecen de ciertas precisiones que son importantes al momento de profundizar la pregunta por el mito, por lo menos en las fuentes analizadas para el presente trabajo. Esto quizá se deba a que la obra del autor aún no es tan considerada en el ámbito filosófico, además, a pesar de ser un Nobel de Literatura, su obra no es especialmente conocida en el mundo hispanohablante, en el cual se cuentan con pocas lecturas, estudios y análisis respecto al pensamiento canettiano. Asimismo, la obra de Canetti es muy diversa en cuanto a géneros narrativos, pues el autor escribió una novela, un diario de viajes, ensayos, semblanzas, dramas y apuntes, lo que ya implica una dificultad para ajustarla a los cánones, todo esto concomitante al evidente alejamiento que el autor hizo respecto a las ideas y los lugares comunes de muchos pensadores, que en su época eran autoridades obligadas para cualquier trabajo de índole filosófica.

Al distanciarse de los grandes referentes de su época, Canetti entra en una epojé que le permite acercarse a los fenómenos con algo más de libertad y asombro. Pero esto no quiere decir que su obra esté por fuera de toda tradición de pensamiento, porque tuvo mucha influencia de los que él llamó sus maestros: los filósofos presocráticos, Goethe, Cervantes, Quevedo, Gogol, Kafka, Büchner, Broch, Musil, Kraus, Confucio, Lao Tse, Zhuang Zi, entre otros, como también de los que él llamó sus enemigos: Freud, Nietzsche, Hobbes, Rousseau, Aristóteles, solo por mencionar algunos. No obstante, aunque estas influencias, que no se dieron solo desde la escritura, sino también desde la pintura, la música y el teatro, no fueron condicionantes de su pensamiento, es decir, no lo sujetaron a una idea preci-

sa, fueron puntos de partida y de encuentro que se dieron en exploraciones y análisis propios. Asimismo, en la obra de Canetti el mito no se reduce al recuerdo de la antigua Grecia y sus dioses paganos, sino que se amplía a las creencias africanas, a los relatos de los tres orientes, a las narraciones de las tribus polinesias, a los cantos de los indígenas americanos y a un sinnúmero de relatos sobre rituales, símbolos y significados que han sido parte de la búsqueda de sentido y la configuración de la humanidad. De esta manera, el autor se libera previamente de los métodos, conceptos y exámenes a priori que puedan condicionar el acercamiento al fenómeno, pues el mito es algo histórico, prehistórico y proto prehistórico. No es una suerte de magia superada por discursos más concretos y explícitos, como los de la filosofía o la ciencia, sino que el mito mismo guarda todas las metamorfosis y también se da como un lugar metamorfoseante para aquel que se arriesga a su comprensión. De ahí que la idea de filosofía que plantea Canetti se extienda a otras formas de pensamiento y abarque mucho más de lo que la tradición filosófica y europea reconoce como tal. Para el autor, hay otras formas de hacer filosofía y aquello que conlleva el carácter de lo filosófico no puede atarse a una sola percepción de mundo, porque no solo es injusto con la historia de la humanidad, sino que revela una idea aporética y reduccionista. Es decir, la obra canettiana — el tema del mito en especial— deja entrever varios cuestionamientos: ¿es capaz la filosofía de metamorfosearse para comprender el mundo que habita? ¿La totalidad de mundo es solo lo que percibe una buena parte de la filosofía desde su óptica, casi siempre, europea? ¿Hay otras filosofías que la filosofía misma se resiste a mirar por dentro? ¿Qué tipo de relación hay entre lo mítico y lo filosófico, y de todo esto con nosotros?



Bibiana Patricia Cossio Ruiz, Sin título, policromía por fragmentación, P/A, 1996

En Canetti el mito es una forma del otro y del sí mismo a la vez; es también una apertura continua al mundo y el lugar privilegiado para el encuentro del tiempo en el instante del tiempo. Es tantas cosas en sí, que suele transformarse en una palabra huidiza e incommensurable. No hay definición ni concepto, no hay teorización o conclusión, pero sí una crítica constante a todo lo que se había dicho hasta entonces sobre el tema, que para el autor era muy poco sobre un fenómeno tan inabarcante, tan profundo, incluso para él mismo.

Los estudios sobre el mito carecían, según él, de verdad, pues arredaban lo fundamental del acontecimiento y olvidaban comprender por fuera de los filtros de la soberbia y la clasificación. Por eso, en la obra canettiana, y más específicamente en el mito, hay trashumancia; vida y muerte, fuego y lluvia, rostro y memoria, continuas metamorfosis que parecen salvaguardar al mito de la inquisición

de quien quiere concluirlo y “agarrarlo por el cuello”, o por lo menos verle el ombligo.

[...]

Este fragmento pertenece a Murillo Hernández, D. Z. (2024). “En el mito es donde primero me reconozco”: una valoración filosófica del mito en el pensamiento de Elias Canetti, Centro Editorial Facultad de Ciencias Humanas y Económicas Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Este libro hace parte de la colección *Folios* y se encuentra disponible en formato impreso y digital.

Denis Zuley Murillo Hernández es filóloga hispanista, filósofa y traductora colombiana. Actualmente se desempeña como docente e investigadora en varias universidades de la ciudad de Medellín. Entre sus intereses intelectuales están las filosofías del cuerpo, la fenomenología, la hermenéutica, los feminismos, las mitologías y el diálogo constante entre filosofía y literatura.